SEMANA SANTA 2026

LECTIO DIVINA

“No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán” (Mt 28, 10)

LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD
DELEGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN
VICARIA PARA LA PASTORAL
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

INDICE

Domingo de Ramos 29 de marzo 05
Mateo 21, 1-11

Jueves Santo 2 de abril 09
Juan 13, 1-15

Viernes Santo 3 de abril 13
Juan 18, 1-19, 42

Vigilia Pascual 4 de abril 22
Mateo 28, 1-10

Pascua de Resurrección del Señor 5 de abril 26
Juan 9, 1-41

INTRODUCCIÓN

La Semana Santa es el corazón del año litúrgico y el tiempo en que la Iglesia contempla y celebra el misterio central de nuestra fe: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. No es solo el recuerdo de hechos pasados, sino la experiencia viva del amor de Dios que se entrega por la vida del mundo. Vivir estos días iluminados por la Palabra de Dios nos permite entrar más profundamente en el misterio pascual y dejarnos transformar por él.

Este Subsidio de lectio divina para la Semana Santa quiere ayudarnos a vivir este tiempo santo con una actitud orante y contemplativa, dejándonos guiar por los textos bíblicos que la liturgia propone. Desde la entrada de Jesús en Jerusalén hasta el silencio del sepulcro y la luz de la Resurrección, la Palabra nos conduce por el camino del amor, del servicio, de la entrega y de la esperanza de la Resurrección.

Esta propuesta de lectio divina invita a creyentes y comunidades a escuchar, meditar, orar y contemplar la Palabra para reconocer en ella a Cristo que entrega su vida y nos llama a configurarnos con Él. Que este camino orante nos ayude a vivir más plenamente la Pascua del Señor, renovando la fe y el compromiso como discípulos y testigos del Evangelio.

Para fortalecer nuestro testimonio misionero, te invitamos a hacer una pausa y abrir el corazón, convocando a la familia, amigos, vecinos y a la comunidad a orar juntos en Semana Santa. En la escucha atenta de la Palabra, dejemos que el Señor nos transforme y nos envíe a compartir su amor y su esperanza allí donde la vida nos llama.

La expresión latina lectio divina puede ser traducida como Lectura orante de la Palabra de Dios que se desarrolla bajo la acción del Espíritu Santo, por lo que se transforma en un diálogo con Dios.

Más que un método de lectura de la Biblia, es una experiencia de encuentro con el Señor, que fortalece a la Iglesia como pueblo de Dios que discierne su voluntad.

Pasos de la lectio divina:

1. **Lectura:** Orienta hacia la interiorización de la Palabra, captar las ideas principales, profundizar, sentir y apropiarse del contenido del texto. La pregunta clave para este momento es *¿Qué dice el texto bíblico?*
2. **Meditación:** Busca actualizar el contenido de la Palabra de Dios e insertarlo en el horizonte personal, en la vida concreta, en mi realidad personal y/o comunitaria. Aquí nos preguntamos *¿Qué me dice el texto?*
3. **Oración:** Es el fruto de lo que provoca en mí la Palabra escuchada y meditada. La Palabra de Dios, convertida en oración se vuelve en nosotros motivo de alabanza, súplica, agradecimiento, confianza, arrepentimiento, fuerza, bendición, celebración, porque todo se funde en un diálogo profundo con Dios. La pregunta clave es ¿Qué le digo al Señor movido por su Palabra?
4. **Contemplación/Acción:** Es entrar en un estado de silencio y escucha profunda, buscando la presencia del Señor y permitiendo que su Palabra transforme el corazón. La Palabra de Dios ilumina y transforma la realidad personal y social, llevándonos a asumir compromisos coherentes y concretos con el Reino de Dios. Nos preguntamos ¿A qué conversión me invita la Palabra?

Encuentra el tríptico de lectio divina aquí:
https://liturgiayespiritualidad.cl/triptico-lectio-divina/

DOMINGO DE RAMOS

¡Bendito el que viene en nombre del Señor! (Mt 21,9)

29 de marzo

INVOCAR

Espíritu Santo,
abre nuestro corazón para acoger a Jesús
que entra humildemente en nuestra ciudad y en nuestra historia.
Danos una fe sincera y perseverante,
para no quedarnos solo en el entusiasmo pasajero,
sino seguir a Cristo con fidelidad
en el camino de la cruz y de la vida nueva.
Amén.

LEER
Mt 21, 1-11

Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos, diciéndoles: «Vayan al pueblo que está enfrente, e inmediatamente encontrarán un asna atada, junto con su cría. Desátenla y tráiganmelos. Y si alguien les dice algo, respondan: «El Señor los necesita y los va a devolver en seguida». Esto sucedió para que se cumpliera lo anunciado por el Profeta:

"Digan a la hija de Sión: Mira que tu rey viene hacia ti, humilde y montado sobre un asna, sobre la cría de un animal de carga".

Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado;
trajeron el asna y su cría, pusieron sus mantos sobre ellos y Jesús se montó. Entonces la mayor parte de la gente comenzó a extender sus mantos sobre el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y lo cubrían con ellas. La multitud que iba delante de Jesús y la que lo seguía gritaba:

«¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!

Cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y preguntaban: «¿Quién es este?». Y la gente respondía:
«Es Jesús, el profeta de Nazaret en Galilea».

Palabra del Señor.

MEDITAR

El relato de la entrada de Jesús en Jerusalén inaugura solemnemente el camino hacia la Pascua. Jesús entra en la ciudad no como un rey poderoso según los criterios del mundo, sino montado en un asno, signo de mansedumbre y de paz. La multitud lo aclama con ramos y cantos: «¡Hosana al Hijo de David!», reconociendo en Él al Mesías esperado. Sin embargo, esta manifestación de júbilo convive con la incomprensión y la ambigüedad de un pueblo que aún no alcanza a comprender el verdadero sentido de su misión.

Jerusalén, la ciudad santa, se convierte aquí en un verdadero lugar teológico: espacio donde se concentran las esperanzas, las contradicciones y los conflictos del corazón humano. En ella se entrecruzan la fe y el rechazo, la alabanza y la violencia, la promesa y la traición. La ciudad representa también nuestras propias ciudades y realidades concretas, donde Jesús sigue entrando hoy, interpelando nuestras estructuras, nuestras decisiones y la autenticidad de nuestro seguimiento.

- ¿Qué imagen de Mesías tengo en el corazón y cómo se confronta con el Jesús humilde que entra en Jerusalén?

- ¿Cómo acojo hoy la entrada de Jesús en mi vida y qué aspectos personales o comunitarios necesitan ser transformados por su presencia?

- ¿Mi alabanza se convierte en un seguimiento fiel y comprometido, incluso cuando el camino de Jesús se vuelve exigente y desafiante?

ORAR

Señor Jesús,
que entras en Jerusalén como Rey humilde,
recibido con ramos y cantos de hosanna,
entra también en mi vida,
enséñame a seguirte con amor verdadero,
para que mi alabanza se haga entrega
y mi caminar contigo sea fiel, hoy y siempre.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Contemplo, Señor, tu entrada sencilla en Jerusalén y reconozco cuán fácilmente el corazón humano pasa de la alabanza al rechazo. Me detengo en la imagen de la ciudad que te recibe con ramos y cantos, pero que pronto será escenario de incomprensión y violencia. Allí descubro también mi propia ciudad interior, donde conviven el deseo sincero de seguirte y el temor a las consecuencias de hacerlo hasta el final.

Movido por esta contemplación, me comprometo a vivir esta Semana Santa con un seguimiento más consciente y fiel. Quiero acoger a Cristo en la realidad concreta de mi vida cotidiana, en la ciudad que habito, trabajando por la justicia, la paz y la dignidad de todos. Que mis palabras y acciones no se queden solo en el “Hosanna”, sino que expresen una adhesión constante a Jesús, incluso cuando el camino se vuelve exigente.

JUEVES SANTO

"Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes" (Jn 13, 15)

2 de abril

INVOCAR

Espíritu Santo,
amor que brota del corazón del Padre,
condúcenos al misterio del Jueves Santo.
Ayúdanos a comprender el gesto humilde de Jesús
y a dejarnos lavar por Él,
para amar como Él nos amó.
Amén.

LEER
Jn 13, 1-15

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, él, que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin. Durante la Cena, cuando el demonio ya había inspirado a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarlo, sabiendo Jesús que el Padre había puesto todo en sus manos y que él había venido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se sacó el manto y tomando una toalla se la ató a la cintura. Luego echó agua en un recipiente y empezó a lavar los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura.

Cuando se acercó a Simón Pedro, este le dijo: «¿Tú, Señor, me vas a lavar los pies a mí?». Jesús le respondió: «No puedes comprender ahora lo que estoy haciendo, pero después lo comprenderás». «No, le dijo Pedro, ¡tú jamás me lavarás los pies a mí!». Jesús le respondió: «Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte». «Entonces, Señor, le dijo Simón Pedro, ¡no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza!». Jesús le dijo: «El que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque está completamente limpio. Ustedes también están limpios, aunque no todos». El sabía quién lo iba a entregar, y por eso había dicho: «No todos ustedes están limpios».

Después de haberles lavado los pies, se puso el manto, volvió a la mesa y les dijo: «¿comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes.

Palabra del Señor.

MEDITAR

En la víspera de su Pascua, Jesús revela el corazón de su amor: sabiendo que había llegado su hora, se inclina y se hace servidor. El Maestro, el Señor, se pone de rodillas ante sus discípulos y realiza el gesto propio del esclavo. En el lavatorio de los pies, Jesús rompe nuestras lógicas de poder y nos muestra que amar es abajarse, tocar la fragilidad del otro y servir sin condiciones ni reservas.

Este gesto no es solo un ejemplo, sino una invitación a dejarnos amar y transformar por Él. Aceptar que Jesús lave nuestros pies implica reconocer nuestra necesidad de su gracia y aprender que el camino del discípulo pasa por la humildad y la entrega total. En este Jueves Santo, el Señor nos llama a reproducir en la vida cotidiana lo que hemos contemplado: amar como Él, sirviendo con un corazón libre y disponible.

- ¿Me dejo amar y servir por Jesús tal como soy, o pongo resistencias a su forma humilde de acercarse a mi vida?

- ¿Qué me revela hoy el gesto de Jesús que lava mis pies sobre mi manera de entender el amor, el servicio y el seguimiento?

- ¿A quién o en qué situaciones el Señor me invita concretamente a servir con mayor humildad y gratuidad?

ORAR

Señor Jesús,
a veces me cuesta comprender que te inclines ante mí con tanto amor.
Ven, lava mis pies, mis miedos y también mi orgullo.
Enséñame a amar con un corazón sencillo,
a servir con alegría y sin buscar reconocimiento,
y a entregar mi vida día a día, como Tú la entregas por amor.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Mira a Jesús de rodillas, en silencio, lavando los pies de sus discípulos. Contempla la escena con calma: el agua que corre, la caricia respetuosa, la mirada llena de amor. Deja que Él se acerque también a tu propia vida, a tus cansancios y fragilidades. Permanece un momento en adoración agradecida, permitiendo que su amor humilde te lave por dentro y transforme tu manera de mirar, de sentir y de amar.

Desde esta contemplación nace un llamado concreto: haz del servicio un camino cotidiano. Realiza un gesto sencillo y escondido de amor, sin buscar reconocimiento. Vive la Eucaristía como entrega y comunión que se prolonga en la vida diaria, amando con humildad en la familia, en el trabajo y en la comunidad. Atrévete a perdonar y a servir incluso cuando cuesta, dejando que el gesto de Jesús se haga carne en tus acciones.

VIERNES SANTO

"Todo se ha cumplido" (Jn 19, 30)

3 de abril

INVOCAR

Espíritu Santo,
amor silencioso que permanece al pie de la cruz,
condúcenos al corazón del misterio del Viernes Santo.
Danos un corazón humilde para contemplar el dolor sin huir
y una fe profunda para reconocer en la cruz
el amor más grande entregado por nosotros.
Amén.

Después de haber dicho esto, Jesús fue con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón. Había en ese lugar una huerta y allí entró con ellos. Judas, el traidor, también conocía el lugar porque Jesús y sus discípulos se reunían allí con frecuencia. Entonces Judas, al frente de un destacamento de soldados y de los guardias designados por los sumos sacerdotes y los fariseos, llegó allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les preguntó: «¿A quién buscan?».
A Jesús, el Nazareno. El les dijo: «Soy yo». Judas el que lo entregaba estaba con ellos. Cuando Jesús les dijo: «Soy yo», ellos retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó nuevamente: «¿A quién buscan?». Le dijeron: «A Jesús, el Nazareno».
Jesús repitió: «Ya les dije que soy yo. Si es a mí a quien buscan, dejan que estos se vayan». Así debía cumplirse la palabra que él había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me confiaste».
Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al servidor del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja derecha. El servidor se llamaba Malco. Jesús dijo a Simón Pedro: «Envaina tu espada. ¿Acaso no beberé el cáliz que me ha dado el Padre?

El destacamento de soldados, con el tribuno y los guardias judíos, se apoderaron de Jesús y lo ataron. Lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, Sumo Sacerdote aquel año.
Caifás era el que había aconsejado a los judíos: «Es preferible que un solo hombre muera por el pueblo».

Entre tanto, Simón Pedro, acompañado de otro discípulo, seguía a Jesús. Este discípulo, que era conocido del Sumo Sacerdote, entró con Jesús en el patio del Pontífice, mientras Pedro permanecía afuera, en la puerta. El otro discípulo, el que era conocido del Sumo Sacerdote, salió, habló a la portera e hizo entrar a Pedro.

La portera dijo entonces a Pedro: «¿No eres tú también uno de los discípulos de ese hombre?». El le respondió: «No lo soy». Los servidores y los guardias se calentaban junto al fuego, que habían encendido porque hacía frío. Pedro también estaba con ellos, junto al fuego.

El Sumo Sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su enseñanza. Jesús le respondió: «He hablado abiertamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada en secreto.
¿Por qué me interrogas a mí? Pregunta a los que me han oído qué les enseñé. Ellos saben bien lo que he dicho». Apenas Jesús dijo esto, uno de los guardias allí presentes le dio una bofetada, diciéndole: «¿Así respondes al Sumo Sacerdote?».

Jesús le respondió: «Si he hablado mal, muestra en qué ha sido; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

Entonces Anás lo envió atado ante el Sumo Sacerdote Caifás.

Simón Pedro permanecía junto al fuego. Los que estaban con él le dijeron: «¿No eres tú también uno de sus discípulos?». El lo negó y dijo: «No lo soy». Uno de los servidores del Sumo Sacerdote, pariente de aquel al que Pedro había cortado la oreja, insistió: «¿Acaso no te vi con él en la huerta?». Pedro volvió a negarlo, y en seguida cantó el gallo.

Desde la casa de Caifás llevaron a Jesús al pretorio. Era de madrugada. Pero ellos no entraron en el pretorio, para no contaminarse y poder así participar en la comida de Pascua. Pilato salió adonde estaban ellos y les preguntó: «¿Qué acusación traen contra este hombre?». Ellos respondieron: «Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Pilato les dijo: «Tómenlo y júzguenlo ustedes mismos, según la ley que tienen». Los judíos le dijeron: «A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie». Así debía cumplirse lo que había dicho Jesús cuando indicó cómo iba a morir.

Pilato volvió a entrar en el pretorio, llamó a Jesús y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús le respondió: «¿Dices esto por ti mismo u otros te lo han dicho de mí?». Pilato explicó: «¿Acaso yo soy judío? Tus compatriotas y los sumos sacerdotes te han puesto en mis manos. ¿Qué es lo que has hecho».

Jesús respondió: «Mi realeza no es de este mundo. Si mi realeza fuera de este mundo, los que están a mi servicio habrían combatido para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi realeza no es de aquí».
Pilato le dijo: «¿Entonces tú eres rey». Jesús respondió: «Tú lo dices: yo soy rey. Para esto he nacido y he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. El que es de la verdad, escucha mi voz».

Pilato le preguntó: «¿Qué es la verdad?». Al decir esto, salió nuevamente a donde estaban los judíos y les dijo: «Yo no encuentro en él ningún motivo para condenarlo. Y ya que ustedes tienen la costumbre de que ponga en libertad a alguien, en ocasión de la Pascua, ¿quieren que suelte al rey de los judíos?». Ellos comenzaron a gritar, diciendo: «¡A él no, a Barrabás!». Barrabás era un bandido.

Pilato mandó entonces azotar a Jesús. Los soldados tejieron una corona de espinas y se la pusieron sobre la cabeza. Lo revistieron con un manto rojo, y acercándose, le decían: «¡Salud, rey de los judíos!», y lo abofeteaban. Pilato volvió a salir y les dijo: «Miren, lo traigo afuera para que sepan que no encuentro en él ningún motivo de condena». Jesús salió, llevando la corona de espinas y el manto rojo. Pilato les dijo: «¡Aquí tienen al hombre!». Cuando los sumos sacerdotes y los guardias lo vieron, gritaron: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Pilato les dijo: «Tómenlo ustedes y crucifíquenlo. Yo no encuentro en él ningún motivo para condenarlo». Los judíos respondieron: «Nosotros tenemos una Ley, y según esa Ley debe morir porque él pretende ser Hijo de Dios».

Al oír estas palabras, Pilato se alarmó más todavía. Volvió a entrar en el pretorio y preguntó a Jesús: «¿De dónde eres tú?». Pero Jesús no lo respondió nada. Pilato le dijo: «¿No quieres hablarme? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y también para crucificarte?». Jesús le respondió: «Tú no tendrías sobre mí ninguna autoridad, si no la hubieras recibido de lo alto. Por eso, el que me ha entregado a ti ha cometido un pecado más grave».

Desde ese momento, Pilato trataba de ponerlo en libertad. Pero los judíos gritaban: «Si lo sueltas, no eres amigo del César, porque el que se hace rey se opone al César». Al oír esto, Pilato sacó afuera a Jesús y lo hizo sentar sobre un estrado, en el lugar llamado «el Empedrado», en hebreo, «Gábata». Era el día de la Preparación de la Pascua, alrededor del mediodía. Pilato dijo a los judíos: «Aquí tienen a su rey». Ellos vociferaban: «¡Que muera! ¡Que muera! ¡Crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿Voy a crucificar a su rey?». Los sumos sacerdotes respondieron: «No tenemos otro rey que el César». Entonces Pilato se lo entregó para que lo crucifiquen, y ellos se lo llevaron.

Jesús, cargando sobre sí la cruz, salió de la ciudad para dirigirse al lugar llamado «del Cráneo», en hebreo «Gólgota». Allí lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en el medio. Pilato redactó una inscripción que decía: "Jesús el Nazareno, rey de los judíos", y la hizo poner sobre la cruz. Muchos judíos leyeron esta inscripción, porque el lugar donde Jesús fue crucificado quedaba cerca de la ciudad y la inscripción estaba en hebreo, latín y griego. Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: «No escribas: "El rey de los judíos". sino: "Este ha dicho: Yo soy el rey de los judíos"». Pilato respondió: «Lo escrito, escrito está».

Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como no tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí: «No la rompamos. Vamos a sortearla, para ver a quién le toca.» Así se cumplió la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica. Esto fue lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien el amaba, Jesús le dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

Después, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: Tengo sed.

Había allí un recipiente lleno de vinagre; empaparon en él una esponja, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Después de beber el vinagre, dijo Jesús: «Todo se ha cumplido». E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

Era el día de la Preparación de la Pascua. Los judíos pidieron a Pilato que hiciera quebrar las piernas de los crucificados y mandara retirar sus cuerpos, para que no quedaran en la cruz durante el sábado, porque ese sábado era muy solemne. Los soldados fueron y quebraron las piernas a los dos que habían sido crucificados con Jesús. Cuando llegaron a él, al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua. El que vio esto lo atestigua: su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: "No le quebrarán ninguno de sus huesos".

Y otro pasaje de la Escritura, dice: "Verán al que ellos mismos traspasaron".

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús –pero secretamente, por temor a los judíos– pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos. En el lugar donde lo crucificaron había una huerta y en ella, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Palabra del Señor.

MEDITAR

En la Pasión según san Juan, Jesús no aparece como una víctima derrotada, sino como el Hijo que entrega su vida libremente por amor. Desde el huerto hasta la cruz, todo está marcado por una fidelidad silenciosa y total al designio del Padre. La cruz se convierte así en revelación: allí donde parece triunfar la muerte, se manifiesta el amor más grande, un amor que no huye del sufrimiento, sino que lo asume y lo transforma en salvación para todos.

Contemplar a Jesús crucificado nos invita a permanecer, a no huir ni cerrar los ojos ante el dolor propio y ajeno. En el silencio del Viernes Santo aprendemos que seguir a Cristo es confiar incluso cuando todo parece perdido, y amar incluso cuando duele. Desde la cruz, el Señor nos enseña que la entrega, el perdón y la compasión son el camino que conduce a la vida, y nos llama a vivir nuestras cruces como lugar de encuentro con Dios y con los hermanos.

- ¿Dónde me sitúo hoy en el relato de la Pasión: cerca de Jesús, a distancia o huyendo?

- ¿Qué cruces personales o ajenas me cuesta aceptar o acompañar?

- ¿Qué significa para mi vida concreta que Jesús entregue su vida por amor, incluso en medio del sufrimiento y la injusticia?

ORAR

Jesús crucificado,
ante tu cruz me quedo en silencio.
Gracias por tu amor fiel y entregado hasta el extremo.
Abraza mis dolores, mis miedos y mis pecados.
Enséñame a amar como Tú,
a perdonar y a confiar,
incluso cuando todo parece oscuro y perdido.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Mira a Jesús en la cruz y permanece allí, sin prisa ni palabras. Contempla su cuerpo entregado, escucha su último suspiro y deja que el silencio hable al corazón. En esa quietud, permite que su amor crucificado te envuelva y toque tus heridas más profundas. No intentes explicar el misterio: acógelo. Descubre que incluso en el dolor más extremo, Dios está presente, amando hasta el final y ofreciendo vida donde parece haber solo muerte.

De esta contemplación nace un compromiso concreto. Acompaña con compasión a quienes sufren, sin huir ni endurecer el corazón. Vive el silencio y la sobriedad de este día como una forma de solidaridad con la cruz de tantos. Acepta tus propias cruces con fe y esperanza, y elige amar y perdonar incluso cuando duele. Que el amor que brota de la cruz transforme tus gestos cotidianos y haga de tu vida una entrega silenciosa y fiel.

VIGILIA PASCUAL

"No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán" (Mt 28, 10)

4 de abril

INVOCAR

Espíritu Santo,
acércanos al misterio de la Resurrección.
En medio del dolor que provoca la muerte
y de la sorpresa llena de vida que trae la Pascua,
ilumina nuestro corazón y nuestra mente
para que, al meditar este evangelio,
encontremos un apoyo firme para creer,
esperar y volver a comenzar.
Amén.

LEER
Mt 28, 1-10

Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro. De pronto, se produjo un gran temblor de tierra: el Ángel del Señor bajó del cielo, hizo rodar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su aspecto era como el de un relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Al verlo, los guardias temblaron de espanto y quedaron como muertos. El Ángel dijo a las mujeres: «No teman, yo sé que ustedes buscan a Jesús, el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde estaba, y vayan en seguida a decir a sus discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos, e irá antes que ustedes a Galilea: allí lo verán». Esto es lo que tenía que decirles». Las mujeres, atemorizadas pero llenas de alegría, se alejaron rápidamente del sepulcro y fueron a dar la noticia a los discípulos.

De pronto, Jesús salió a su encuentro y las saludó, diciendo: «Alégrense». Ellas se acercaron y, abrazándole los pies, se postraron delante de él. Y Jesús les dijo: «No teman; avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán».

Palabra del Señor.

MEDITAR

Al amanecer del primer día de la semana, las mujeres van al sepulcro cargando dolor y fidelidad, y se encuentran con lo inesperado: la piedra está corrida y la muerte no tiene la última palabra. El contraste es claro: mientras los soldados quedan paralizados por el miedo, ellas experimentan un temor lleno de alegría, porque Dios ha intervenido y Jesús vive. La Resurrección irrumpe en la historia como una sorpresa que desarma la tristeza y abre un camino nuevo.

Este evangelio nos recuerda que la fe nace del encuentro con el Resucitado y del envío a anunciarlo. Las mujeres no se quedan en el sepulcro vacío: reciben una misión y salen al encuentro de los discípulos. Así también nuestra fe se sostiene cuando acogemos la noticia pascual y la compartimos. “Jesús ha resucitado” no es solo una afirmación, sino el fundamento de nuestra esperanza y el impulso para vivir y anunciar una vida nueva.

- Al escuchar el anuncio de la Resurrección, ¿Qué nace primero en mi corazón: miedo, duda, incredulidad, sorpresa o alegría?

- ¿En qué momentos de mi vida he experimentado con más fuerza que Jesús está vivo y camina conmigo?

- ¿A quién me envía hoy el Señor a anunciar, con palabras o gestos, que la vida ha vencido a la muerte?

ORAR

Gracias, Señor,
por fortalecer mi fe y mi esperanza
con el alimento vivo de tu Palabra.
Gracias, sobre todo, por tu misericordia,
que me llama a proclamar que Tú eres
el Dios vivo y eterno,
presente y actuante en nuestra historia.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Detente en la escena del sepulcro al amanecer. Mira la piedra corrida, siente el silencio lleno de vida y escucha el anuncio que cambia la historia: “No tengan miedo”. Deja que esta Palabra entre en tu corazón, toque tus dudas y renueve tu fe. Permanece un momento en quietud, reconociendo los momentos de tu vida en que la esperanza parecía perdida y cómo, aun allí, Dios estaba abriendo un camino nuevo.

Desde esta contemplación brota el envío. Sal al encuentro de quienes viven cansados, heridos o sin esperanza, y comparte con sencillez la alegría de la Pascua. Que tus gestos, tus palabras y tu manera de vivir anuncien que Cristo está vivo. Haz de tu vida un testimonio humilde de la Resurrección, llevando luz, consuelo y esperanza allí donde todavía pesa la oscuridad.

PASCUA DE RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

"Vio y creyó" (Jn 20, 8)

5 de abril

INVOCAR

Domingo de Pascua, día de alegría para toda la Iglesia.
Resuena en nuestras iglesias, en nuestras casas y en nuestras calles el anuncio que lo cambia todo: ¡Cristo ha resucitado!
Hoy nos acercamos a este misterio como quienes buscan comprender, con preguntas, asombro y deseo sincero de creer.

Ven Espíritu Santo y resplandece sobre nosotros,
Padre omnipotente, que el esplendor de tu gloria,
Cristo, luz de luz, y el don de tu Espíritu Santo
confirme los corazones de tus fieles,
nacidos a la vida nueva en tu amor.
Amén.

LEER
Jn 20, 1-9

El primer día de la semana, de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido sacada. Corrió al encuentro de Simón Pedro y del otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».
Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes. Asomándose al sepulcro, vio las vendas en el suelo, aunque no entró. Después llegó Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro; vio las vendas en el suelo, y también el sudario que había cubierto su cabeza; este no estaba con las vendas, sino enrollado en un lugar aparte. Luego entró el otro discípulo, que había llegado antes al sepulcro: él también vio y creyó. Todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor.

MEDITAR

El evangelio nos presenta una escena sencilla y profundamente humana: una piedra removida, un sepulcro vacío, confusión y búsqueda de respuestas. María Magdalena corre, Pedro entra, Juan ve y cree. En esta diversidad de reacciones se va gestando la fe pascual y se va formando la Iglesia como comunidad que busca, discierne y cree unida en torno al testimonio apostólico.

Nada es espectacular, todo es discreto, pero cargado de sentido. En el respeto a Pedro como cabeza y en el camino de fe de cada discípulo, Dios va conduciendo a su Iglesia hacia la certeza pascual. La fe no nace solo de las pruebas visibles, sino del amor que abre los ojos para reconocer que el Señor está vivo.

- ¿Qué “piedras” necesito dejar que el Señor mueva hoy para poder creer con más libertad y alegría?
- Al contemplar el sepulcro vacío, ¿Qué mueve hoy mi corazón: desconcierto, búsqueda sincera o una fe confiada en el Resucitado?
- ¿Con cuál de los personajes del evangelio me identifico más en mi camino de fe y por qué?

ORAR

Señor Jesús,
gracias por el regalo de tu Resurrección,
que renueva mi fe y llena de sentido mi vida.
Abre mi corazón para reconocerte vivo y presente
en medio de mis búsquedas y preguntas.

Derrama tu Espíritu sobre nosotros,
para que caminemos unidos, con sencillez y confianza,
aprendiendo a creer, a esperar y a amar como Tú.
Que la alegría pascual transforme mis gestos cotidianos
y me haga testigo de tu vida nueva.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Detente ante el sepulcro vacío y deja que el silencio hable. Mira la piedra removida y permite que ese signo toque tu vida: allí donde parecía haber final, Dios ha abierto un comienzo nuevo. Permanece un momento en quietud, dejando que el asombro se transforme en fe, y que el amor del Resucitado ilumine tus dudas y renueve tu esperanza.

Desde esta contemplación brota un llamado concreto: vive como quien ha visto y ha creído. Sal al encuentro de los demás con un corazón pascual, llevando palabras y acciones de vida nueva. Fortalece a quienes están cansados o desanimados, colabora en tu comunidad y deja que la alegría de Cristo resucitado se haga visible en tus decisiones cotidianas.

Síguenos en las Redes Sociales del Área de Liturgia y Espiritualidad del Arzobispado de Santiago

Instagram

@Liturgiayespiritualidad

Facebook

ABP - Arzobispado de Santiago

Web

www.liturgiayespiritualidad.cl

YouTube

Liturgia y Espiritualidad

Liturgia y Espiritualidad
Delegación para la Evangelización
Vicaria para la Pastoral
Arzobispado de Santiago